

# 02\_Intonso

Dícese del libro que se encuaderna sin cortar las barbas a los pliegos de que se compone.

# La República Digital del Conocimiento

## Entrevista a Robert Darnton

*Rhys Tranter*

Escritor e investigador de la Universidad de Cardiff | [www.apieceofmonologue.com](http://www.apieceofmonologue.com)

El 5 de diciembre de 2011, el catedrático Robert Darnton (Universidad de Harvard) dio, en el marco de las «Cardiff University Distinguished Lecture in Humanities» de la Universidad de Cardiff, una conferencia ante un público de expertos. Partiendo de Thomas Jefferson, el profesor Darnton trazó el camino del intercambio de ideas, desde la «bujía» de Jefferson hasta la comercialización a través de Internet, postulando que aunque Internet parezca la traducción del ideal de Jefferson a un sistema de comunicación viable, los intereses comerciales están explotando la tecnología digital para acotar una parte importante de nuestro acervo cultural común. Habló también del proyecto de creación de una Biblioteca Pública Digital de Estados Unidos como respuesta a esta amenaza.

*En Las razones del libro<sup>1</sup> escribió que «la explosión de los medios de comunicación electrónicos ha sido tan revolucionaria como la invención de la imprenta con tipos móviles». ¿De qué manera cree que esta revolución está afectando la forma en que se difunden el conocimiento o la información?*

Para empezar debo decir que el término revolución se suele emplear, en general, de forma muy laxa, así que dije aquello tras haberlo pensado mucho. Es decir, he leído cosas sobre la revolución en la ropa masculina, en los estilos de defensa del fútbol y demás. No quiero restar fuerza al término. Y es un término que puede emplearse en muchos sentidos distintos. Pero digamos que la frase quiere significar que los medios para comunicarse están cambiando hoy con tanta rapidez y de una forma tan radical como en los tiempos

---

1. *Las razones del libro*, Trama editorial, Madrid, 2010.

de Gutenberg. Y, de hecho, hoy hemos aprendido mucho sobre aquella época: quizá el cambio no fuera tan rápido como pensaron quienes se refirieron a él como una revolución. Sabemos, por ejemplo, que hasta tres siglos después de Gutenberg continuó la publicación de manuscritos, y que además floreció. Sirva esto como comentario preliminar a lo que estaba diciendo. Pero lo que nos planteamos es cómo este cambio, revolucionario o no, ha afectado la forma en que la comunicación penetra en la sociedad.

Basta con ir en autobús o en metro en Nueva York, Londres o París y observar a la gente con su *smartphone* o con otros dispositivos de mano. A veces decimos que «la gente está siempre conectada». Esto es, siempre está *on-line*, siempre se está comunicando. Creo que ha habido una especie de reducción de los espacios en blanco de la vida, del tiempo en que la gente, por decirlo de alguna manera, estaba sin hacer nada. Por supuesto que nunca estaban realmente sin hacer nada. Pero significaba que había momentos en los que no se estaban comunicando conscientemente sino dejando que la vida siguiera su curso, pasando de todo. No está nada mal eso de dejar que la vida siga su curso, de pasar de todo. Podías sentarte a observar las cosas, y quizá incluso dejarte sorprender. Pero creo que ahora existe la sensación de que continuamente se están intercambiando mensajes. Todo el tiempo. Creo que eso es algo muy distinto de todo lo anterior, por mucho que la gente intercambiara chismes junto a la fuente del pueblo. Por eso creo que significa un cambio muy profundo en nuestra forma de vivir nuestra vida, y que ha situado la comunicación y la información en una posición más central que nunca.

*En su libro apunta ciertas similitudes entre lo que sucede hoy en día y lo que ocurrió en la época de Gutenberg. ¿Puede hablarnos un poco más de estas similitudes?*

Con frecuencia la gente anuncia –como si se tratara de un descubrimiento portentoso– que «vivimos en la era de la información». En mi opinión, todas son eras de la información, cada cual a su manera, según los medios que tuviera disponibles. En la época de Gutenberg, como sabemos, a pesar de que nuestra información sea limitada, hay un vaivén entre lo que se convertiría en información impresa y la información oral. Por no hablar del manuscrito como medio de comunicación. Así, la comunicación tiene un cierto carácter fluido en los sistemas que existieron entonces y que existen aún hoy. Esto es lo que tienen en común: el paso de un mensaje de un medio a otro, y vuelta, de forma que el recorrido no es lineal. Creo que gran parte de la historia de la comunicación, o de la historia del libro, al menos en lo que yo hago, es un intento de recuperar este aspecto multidimensional. Por ejemplo, he investigado rumores del siglo XVIII que fueron recogidos primero

en diarios manuscritos, de ahí pasaron a la prensa y luego volvieron a la comunicación oral. Eso pasaba en el siglo XVIII, en el siglo XV, y pasa hoy. Sin embargo, me parece que hay algo distinto en la forma en que los mensajes migran y se transforman en la actualidad, y es que gran parte de ellos se pueden recuperar. Cuando estamos *tuiteando* o intercambiando correos, esto tiene un elemento informal al tiempo que queda registrado en un historial. Por contra, parece que en el pasado casi todo acababa perdiéndose. La desaparición, o si lo preferimos: la destrucción de la información en el pasado es algo cuyo volumen apenas podemos calcular y que no siempre tenemos en cuenta. Sólo nos ocupamos de aquello que ha sobrevivido. Sin embargo, hoy se extiende un gran silencio donde antaño hubo comunicación, y eso cambia nuestra perspectiva. De modo que postulo dos cosas: la primera, que sí hay similitudes en la forma en que los mensajes migraban de un formato a otro. Y la segunda, que sin embargo hay una diferencia: el hecho de que gran parte se puede recuperar.

*En otro lugar usted ha hablado también de posibles dificultades a la hora de recuperar información en la era digital. El correo electrónico, por ejemplo, que no siempre muestra una relación con otro tipo de correspondencia. Incluso ha llegado a hablar de la desaparición de la correspondencia electrónica de la Casa Blanca durante ciertos gobiernos.*

Pues sí, parece que una gran parte de la correspondencia electrónica de uno de los gobiernos de Bush simplemente ha desaparecido. En fin, la gente pensará que se trata de una conspiración, pero la verdad es que no lo sé. Sin embargo una cosa sí es cierta: la mayoría de los correos electrónicos desaparecen. Puede que se consiga conservar algunos y las bibliotecas están trabajando por que se guarden y se conserven. En Harvard tenemos un proyecto para guardar y conservar los correos electrónicos relacionados con la dirección y administración de la universidad. Y esto es crucial porque se están tomando decisiones importantes que no se recogen por escrito. Y si no tenemos constancia escrita de ellos, tendremos un problema.

También es cierto que los textos digitales se degradan, que esos pequeños ceros y unos que los conforman acaban descomponiéndose. Por eso tenemos que mantenerlos vivos haciéndolos migrar de un formato a otro y repartiéndolos en diversos depósitos. Es un proceso complejo y caro, pero conseguimos mantener vivo todo tipo de documentos de correo electrónico. Aunque esto sólo afecta a una pequeña parte del tráfico de *e-mails* que nos rodea. Así que coincido con usted en que es mucho lo que se pierde. Sin embargo, en comparación con lo que se perdía antes, me parece que en nuestra civilización sí hay un cambio cualitativo, para bien o para mal. Está claro que

muchos correos electrónicos son triviales. Sin embargo, me parece asombroso que hayamos perdido más de la mitad de las películas producidas antes de 1940. Y hoy pensamos que el cine es un género importante, un gran arte. El volumen de lo que se ha perdido es sencillamente apabullante. Por no hablar de las obras de Shakespeare, los poemas y demás. Así que creo que nuestra capacidad técnica para guardar las cosas, para conservarlas, está aumentando a pesar de la fragilidad de los textos digitales.

*Los diseñadores de programas de ordenador suelen usar la expresión «libre acceso» en relación con las tecnologías emergentes; connota cierta idea de accesibilidad y cooperación. Usted ha sugerido que esta idea puede permitirnos repensar los límites de las instituciones académicas. ¿En qué sentido puede el «libre acceso» cambiar nuestra forma de pensar sobre la tecnología en la formación universitaria?*

La verdad es que no estoy seguro de que lo haya hecho. Tengo la esperanza de que lo haya hecho, pero el «libre acceso» está lejos aún de ser un hecho consumado, quiero decir: la mayoría de los accesos están limitados. Hay leyes muy estrictas, leyes sobre los derechos de autor, que impiden que yo ponga a disposición de mis alumnos todo tipo de textos digitalizados que podrían usar con provecho. Así que el «libre acceso» aún no puede cantar victoria, no puede afirmar que ha transformado el mundo académico ni el mundo del conocimiento. Creo que su ambición es esa. Simplificando, podríamos decir que su ambición es democratizar el acceso al conocimiento. Yo veo que hay peligro de que ocurra lo contrario: que el acceso al conocimiento se restrinja mediante la comercialización. Y por eso veo, por ejemplo, en los costes de las revistas, que se están disparando, una amenaza al conocimiento –a pesar de que los editores de las revistas académicas digan que, por el contrario, lo están difundiendo. Pero no lo están haciendo si son tan caras que las bibliotecas tienen que recortar sus adquisiciones de monografías y de otras revistas. Están alcanzado un punto donde la inflación del precio de las revistas es una amenaza real al acceso al conocimiento.

En el caso de los libros, el ejemplo obvio es Google Book Search. Creo que Google Book Search, que se suponía iba a comercializar el acceso a una base de datos de libros, era una amenaza real a la comunicación del conocimiento, a pesar de que pareciera un gran salto adelante. Y por eso estamos tratando de crear lo que denominamos la Gran Biblioteca Pública Digital de Estados Unidos: una biblioteca digital de «libre acceso», a disposición de cualquiera, no sólo en EEUU sino en el mundo entero. Ha sido una respuesta bastante larga a su pregunta, pero lo que trato de explicar es que el libre acceso está en sus inicios. En los inicios de algo que, creo, será un proceso de demo-

cratización, pero de lo que estamos lejos aún, incluso en los países desarrollados de Occidente. Pero si pensamos en los países que están al otro lado de la «divisoria digital», su acceso dista mucho de ser libre. Queda un largo trecho por recorrer antes de que todo el globo esté unido en una especie de red digital donde todos tengamos acceso inmediato a la totalidad de nuestro patrimonio cultural.

*Usted ha escrito que Google Book Search ha comenzado a construir «una nueva clase de monopolio», que a pesar de su objetivo de «organizar la información que hay en el mundo y hacerla universalmente accesible y útil» presenta un obstáculo a la proliferación del conocimiento. Ya ha tocado el tema en su respuesta anterior, pero ¿podría hablar un poco más de las razones que le llevan a creerlo? ¿En qué sentido es Google una amenaza a la difusión del conocimiento y la información?*

Antes que nada, debo decir que admiro muchos de los aspectos de Google. No sé si alguna vez ha conocido a algún ingeniero de Google; lo primero es que son muy jóvenes, incluso más jóvenes que usted, y están llenos de energía y de ideas, y reina entre ellos una especie de espíritu de «vamos a conseguirlo», anima mucho. Y el ambiente del mundo de Google es algo digno de verse, es *eléctrico*, y eso lo admiro. Admiro su *chutzpah*, su capacidad de encararse con un problema y hacerse con él, y convertirlo en algo. Todo eso es maravilloso.

Emplearía la palabra «amenaza» con cierta cautela. Vi esta amenaza en Google Book Search, que era un plan muy preciso que emergió a resultas de un pleito. Google fue demandado por los autores y editores de EEUU por una supuesta vulneración de sus derechos de autor. Y en el proceso de negociación de un acuerdo sobre aquella demanda, Google transformó lo que originalmente fue una operación de búsqueda en algo totalmente distinto: una biblioteca comercial. Así que toda aquella base de datos de libros digitalizados, unos 15 millones, se pondría a disposición del público, pero por un precio. Y ese precio lo fijarían Google y los demandantes, que ahora se habían convertido en socios suyos. Pues ese es el comienzo de una amenaza al conocimiento porque significa poner el conocimiento a disposición de los que se lo pueden pagar. La respuesta a mi crítica sería: «No seas ingenuo, no hay nada gratis, es normal que tengas que pagar para acceder al conocimiento porque todo esto cuesta dinero». Y mi respuesta a esa respuesta es que el conocimiento es un bien público, y que los bienes públicos –por supuesto– cuestan dinero, nada es gratis, pero habría que ofrecerlos gratis, a través de cualquier medio que inventemos. Medidas estatales, o en el caso de la Biblioteca Pública Digital de Estados Unidos, una coalición de fundaciones que ponen el dinero y una coalición de bibliotecas universitarias que ponen los libros. De

modo que hay soluciones pero si te importa el bien común, si crees que todos, todos los ciudadanos, deben tener acceso al conocimiento por igual, es importante fijar las reglas del juego. Me parece que estamos en un momento muy interesante de la historia de la comunicación: el momento en que estas reglas se están fijando. Uno de sus aspectos más interesantes es cómo se están fijando. Aquí en Europa les puede parecer extraordinario que en Norteamérica las reglas del juego se estén fijando mediante pleitos, procesos judiciales, y no con leyes. Y es realmente así. Por supuesto que también el Legislativo tiene un papel que jugar, vota las leyes de derechos de autor; de hecho, en los últimos 50 años ha votado 11 leyes de derechos de autor. Me temo que estas leyes de derechos de autor se están convirtiendo en un impedimento a la comunicación sin trabas, y creo que deberían modificarse, pero confío poco en la capacidad del Congreso de modificarlas en beneficio del bien común porque hay muchos grupos de intereses que presionan al Congreso y determinan los derechos de autor. Así que los derechos de autor son un asunto *muy* complejo que ha ido evolucionando, como sabemos, durante mucho tiempo, y en estos momentos creo que a fuerza de derechos de autor nos estamos atando de pies y manos. Es un problema muy grave, y no sé cómo podríamos liberarnos. Esto es una parte de lo que supone el «libre acceso».

*Entonces, ¿la evolución de las leyes sobre derechos de autor es un proceso regido por las empresas? Hablo en particular sobre la Ley Sonny Bono de la Ampliación de la Vigencia de los Derechos de Autor de 1998<sup>2</sup>, conocida también como «Ley de protección de Mickey Mouse», ya que, como usted escribió, el famoso icono de Disney estaba a punto de ser del dominio público. La historia de los derechos de autor, ¿prima los beneficios privados sobre el bien común?*

Desde luego que los intereses de las empresas juegan un papel central en cuanto a los derechos de autor. Las empresas existen para proporcionar dividendos a sus accionistas. Esto es normal. Es lo natural. No hay nada de malo en ello. Lo malo es la manera en que funciona la sociedad capitalista. Por eso pienso que sería ingenuo enfrentarse a Disney Inc. por esos motivos: está defendiendo sus intereses y ampliando sus intereses mediante la Ley de Ampliación de los Derechos de Autor de 1998. Pero también está el bien común, y lo que necesitamos es un equilibrio entre lo público y lo privado. ¿Tenemos hoy ese equilibrio? Yo diría que no.

Pero el asunto se remonta al pasado, a los orígenes de los derechos de autor, para América en 1710. Como seguramente sabrá, el llamado «Estatuto

---

2. <http://copyright.gov/legislation/s505.pdf>

de Anne» fue un intento de equilibrar el bien público –definido allí como la difusión del conocimiento–, por un lado, y el derecho exclusivo del autor a las ganancias generadas por su propiedad durante un cierto periodo de tiempo: catorce años, renovables una sola vez. Esto es algo muy distinto de la fórmula «durante la vida del autor y 70 años más» o, en el caso de una empresa como la Disney, 95 años. Lo que quiero decir es que toda la historia de los derechos de autor es un reflejo de intereses económicos. Fue la Stationers' Company<sup>3</sup> la que estuvo presionando para conseguir una ley estricta sobre los derechos relativos a los ejemplares y, en efecto, el Parlamento lo restringió bastante en 1710. Había un fuerte sentimiento de que la Stationers' Company era un monopolio y que intentaba extender su poder indefinidamente. Y creo que realmente era el caso. De hecho, la Stationers' Company quería derechos perpetuos. ¡Quería quedarse para siempre con los derechos de autor de toda la literatura inglesa! Esto se impidió en los tribunales. Hay una fascinante historia de debates judiciales que va de 1710 hasta el famoso caso *Donaldson vs Becket* en 1774, cuando el concepto de un derecho de autor perpetuo se rechaza definitivamente. Así que creo que en ese caso el equilibrio establecido fue bastante bueno. Y se adoptó en la primera ley norteamericana de derechos de autor de 1790, con el mismo límite: catorce años, renovables una sola vez. Me temo que desde entonces hemos ido a peor.

*Al desarrollar el Gutenberg-e project intentó aprovechar el potencial del libro electrónico para un nuevo tipo de monografías académicas. ¿Puede hablarnos un poco más sobre este potencial y explicar qué entiende por estructura piramidal?*

El *Gutenberg-e project* fue un intento de crear y dar legitimidad a una nueva clase de edición. Una que beneficiara especialmente a los investigadores jóvenes, a la gente que estuviese tratando de transformar tesis doctorales en libros, al tiempo que abría nuevas posibilidades a la comunicación entre académicos. Como sabe, los libros electrónicos pueden hacer maravillas. Pueden contener películas, audio, son multimedia por naturaleza. También pueden contener documentos cuya extensión se pierde en las profundidades del ciberespacio. Por eso tienen potencial para convertirse en un nuevo instrumento de comunicación académica. Es realmente fascinante. Pero la práctica es totalmente distinta.

---

3. La Stationers' Company de Londres era un gremio comercial que, en 1557, recibió a través de una Cédula Real la potestad de reglamentar en Inglaterra las diversas profesiones asociadas a la industria editorial, tales como impresores, encuadernadores, libreros y editores. Estableció un Registro que permitió a los editores documentar su derecho a producir una obra determinada, lo cual estableció una forma de derechos de autor. La Cédula le daba asimismo derecho a requisar ediciones ilícitas, esto es, que no habían pagado a la Compañía la tasa correspondiente. (N. de la T.)

Yo soy historiador, y cuando creé *Gutenberg-e* era presidente de la American Historical Association. La Asociación trató de utilizar los medios electrónicos para ayudar a los jóvenes en su desarrollo como investigadores, en sus carreras académicas, aprovechando las nuevas tecnologías. Sin embargo, muchos de los académicos de más edad dijeron: «Bah, estos libros electrónicos no son ni libros ni nada. Los libros son los que se publican en papel». Y así una parte de nuestra lucha fue por la legitimación. No recuerdo la cifra exacta de libros electrónicos que publicamos, creo que fueron 17, y eran importantes. Tuve que escribir a los jefes de los departamentos de Historia para decirles: «Mirad, ¡son libros! Libros de verdad. Y son mejores que la mayoría de los libros impresos». Y lo son. En ese aspecto, considero que *Gutenberg-e* fue un éxito. Creo que contribuimos a romper esa barrera que nos impide ver que la comunicación electrónica es una forma de comunicación real.

Pero como empresa tuvimos menos éxito. Teníamos un plan empresarial, iba bastante bien y al final (después de siete años) conseguíamos cubrir costes. A duras penas. Justo cuando nuestros números dejaron de estar en rojo y pasaron a estar en negro, cargó la crisis económica. Y la editorial que se estaba encargando del proyecto, Columbia University Press, decidió que aquél era un negocio demasiado arriesgado para continuar con él. Por eso *Gutenberg-e* se suspendió. Sigue existiendo, *on-line* y de otras formas, pero no puedo proclamar que sea un éxito claro. Fue un primer intento de hacer las cosas así. Ahora hay montones de libros electrónicos, y montones de libros electrónicos académicos. Incluso yo mismo he publicado uno, un libro híbrido, algo que, creo, es ahora bastante típico. Pero sigo sin haber respondido a su pregunta sobre la estructura piramidal, así que, si quiere, puede repetirla.

*Bien, pues la estructura piramidal estaba siendo adoptada por una serie de editores comerciales. Faber & Faber ha publicado una edición para iPad de La tierra baldía de T.S. Eliot, que incluye el acceso a representaciones en audio y en video, así como documentales. Por su parte, Penguin ha editado una versión ampliada de la novela de Kerouac En la carretera, que permite a los lectores ojear material manuscrito, acceder a documentación y seguir las etapas de la narración en un mapa de EEUU interactivo. ¿Cree usted que aparatos como el iPad de Apple o el Kindle de Amazon a largo plazo cambiarán nuestra forma de leer?*

La respuesta resumida sería «Sí», pero entonces podría preguntarme «¿Y cómo?», como acaba de hacer, y a esa pregunta no tengo respuesta. Pero los ejemplos que ha mencionado, y que por cierto no he analizado, suenan fenomenal. Me parece emocionante que los lectores, o los usuarios, puedan vivir los textos de forma multidimensional. Puedes absorber un texto tanto por los

oídos como por los ojos, y en mi opinión esto significa un avance enorme. Ayudará a situar en un contexto, por ejemplo a Kerouac, de manera muy distinta: no es lo mismo que decir que estaba viajando a través de aquel paisaje un tanto extraño. Por eso creo que, efectivamente, supone un avance importante.

Pero, ¿cómo cambiará la lectura? La verdad es que no lo sé, pero muchas veces me dicen: «No seas ingenuo, con esa forma de leer que tiene la gente hoy se pierden cosas, sobre todo cuando leen *on-line*». La costumbre de leer un libro de cabo a rabo, que era lo típico en mi generación cuando éramos estudiantes, hoy casi se ha extinguido; en su lugar se hace una lectura superficial: se leen fragmentos y *tuits*, y los textos se trocean y estas pequeñas unidades impiden que se pueda apreciar el auténtico *porte* de un texto. Tengo una medio respuesta para esto que no termina de encajar pero que creo vale la pena tener en cuenta. Y es que, para empezar, no hay que exagerar esa lectura de cabo a rabo que supuestamente se hacía en el pasado. Hemos aprendido mucho sobre la historia de la lectura; es uno de los aspectos de la historia del libro en que intentamos profundizar, y una de las cosas que hemos descubierto es que, por ejemplo, los humanistas del siglo XVI rara vez leían un libro de principio a fin. Leían lo que hoy llamaríamos fragmentos, extractos o incluso *tuits*...

*¿Como en los Commonplace Books?*

Así es. Extraían párrafos cortos, y los copiaban a los *Commonplace Books*, los «libros de tópicos», para usarlos para distintos fines, con frecuencia como material para las batallas retóricas de sus patronos en la corte, o cualquier otra cosa. Esto no era leer como nos gusta imaginarlo. Claro que también se daba la lectura en profundidad. No se me ocurre negarlo ni por un momento. Pero no creo que podamos asumir que era lo típico.

La lectura en profundidad, ¿está hoy extinta? Yo pongo a mis alumnos libros de lectura obligatoria, muchas veces son libros impresos, y cuando los comentamos me da la impresión de que han conseguido dominar sus ideas básicas y que han aprendido a hacer una lectura crítica. Quizá la gran diferencia sea ésta: cuando doy un curso sobre la historia del libro, intento hacer que se fijen en los aspectos físicos de un libro y en el significado que portan. No se trata de la erudición bibliográfica como fin en sí misma, sino que más bien es cuestión de ver cómo los elementos paratextuales y demás conforman tanto el mensaje que transmite el texto como la manera en que el lector lo descifra. Y he constatado que los estudiantes que son, por así decirlo, «nativos digitales» y están acostumbrados a la comunicación electrónica, se emocionan con esta nueva manera de ver los libros antiguos. Sus reacciones son mucho más apasionadas que las de los estudiantes de unos veinte años atrás,

que veían el mundo de lo impreso como algo inmutable, que había existido desde los tiempos de Gutenberg y que nunca iba a cambiar.

*¿Diría usted que en las generaciones más jóvenes existe una cierta nostalgia del libro impreso? Nuestro vecino, el Cardiff Arts Institute, quiere atraer la atención de jóvenes de diversa procedencia, y en sus paredes y vitrinas expone todo tipo de máquinas de escribir, teléfonos antiguos, discos de vinilo e incluso guantes de goma. Dentro de aquel contexto, todos estos objetos resultan extrañamente anticuados y parecen señalar una experiencia táctil que se ha perdido con la introducción de los iPlayers y los libros electrónicos. En este sentido, ¿cree que existe cierta nostalgia del código impreso en cuanto objeto material?*

Nostalgia del código... Es fascinante, quiero decir, que es verdad que ciertas experiencias se han perdido, experiencias *táctiles* –eso suena realmente interesante. Una que me llama la atención, y creo que la menciono en *Las razones del libro*, es que antes cuando querías cambiar de programa de radio girabas un dial. Ahora vas cambiando a base de pulsar algo. La gente de mi generación ha tenido que aprender a hacerlo, es algo tan contra-intuitivo, el elemento cinético que conlleva el desplazarse de un programa a otro es algo totalmente distinto.

*Incluso el concepto de interruptor implicaría un objeto táctil.*

Cierto. Se sube y se baja el interruptor de la luz. Ahora, en muchos sitios hay que pulsar un botón para encender algo. Pero, ¿cómo apagarlo? Para las generaciones más jóvenes resulta obvio: vuelves a pulsar el botón. Pero para las generaciones mayores resulta confuso, porque si ese es el botón con el que encendemos la luz tendrá que haber otro botón en otro sitio para apagarla, etc. Sin embargo, cada año se publican más libros impresos que el año anterior, no parece que el código impreso esté a punto de desaparecer. Sigue siendo algo corriente, y no lo veo como algo opuesto o perjudicial para el libro electrónico. Conozco a mucha gente que tiene un Kindle y además compra libros impresos, y a veces leer un libro en Kindle les lleva a comprar el libro impreso. ¿Por qué? Pues porque quieren un documento de otra clase, uno que puedan tener en la estantería y consultar u hojear cuando quieran. Así que no me parece que hayamos llegado ya al punto de «sentir nostalgia del código». ¿Que quizá llegemos? Pues no lo sé. Pero si pasas, como yo, mucho tiempo leyendo libros antiguos, libros publicados antes del siglo XIX, la experiencia es realmente distinta. El papel tiene otro tacto, y eso es así de verdad. La lectura de un libro editado en papel, fabricado a partir de desechos textiles en lugar de pulpa de madera, tiene una dimensión táctil.

*Hasta tiene un olor característico.*

¡Sí, el olor! Y la encuadernación, que desde luego variaba, porque las personas mandaban encuadernar sus libros, en general no los compraban ya encuadernados. Al investigar sobre todo los libros del siglo XVIII he descubierto que su tacto es un aspecto importante. Y creo que también lo fue en la industria del libro de ese siglo.

Por ejemplo, he analizado los anuncios de libros. Con frecuencia mencionan la calidad del papel. Es imposible imaginar que esto ocurra en el anuncio de un libro actual. Por eso creo que antes de que se inventara el papel fabricado a partir de pulpa de madera existía un tipo de conciencia distinto con respecto al papel. Y eso significa que la gente se fijaba en el papel, y no sólo en lo que llevaba impreso. Creo que era consciente del substrato de la literatura. Me gustaría poder probarlo, pero creo que solían ponerlo a contraluz, y se fijaban en las marcas del molde y en otras muchas cosas. Bueno, puede que esté exagerando un poco, pero he visto cartas de lectores del siglo XVII quejándose de la baja calidad del papel. Y he leído miles de cartas de editores del siglo XVIII –en el siglo XVIII no se usaba la palabra editor, eran libreros que publicaban libros– hablando sobre el papel. Quiero decir, de forma obsesiva. ¿Y por qué? Porque el papel suponía siempre al menos el 50% del coste de producción de un libro. Y en los casos de Diderot o d'Alembert que he estudiado, el 75% de los costes de producción. Así que el editor habrá pasado más tiempo preocupado por el papel que por la impresión de la obra. Y me parece que una vez que tomamos conciencia de esta dimensión de los libros, cambia nuestra forma de valorar y entender los libros anteriores a 1830.

*Ha mencionado lo presionadas que están las bibliotecas para «avanzar en ambos frentes»: el analógico y el digital. ¿Podría hablarnos de los peligros de apostar por los textos electrónicos, incluidos aquellos textos que han «nacido en formato digital»?*

¿Es realmente un problema que los editores se centren tanto en los libros digitales? Francamente, a mí me parece que no se centran en ellos lo suficiente. Puedo entender que los editores se sientan perplejos y temerosos ante el futuro digital, ya que tienen que cubrir costes y obtener beneficios. Es una industria seria. Y también está su compromiso con objetivos más elevados, como son la difusión del conocimiento y la creación de obras de arte. De ninguna manera estoy quitando importancia a los problemas a los que se enfrentan los editores.

Sin embargo, creo que muchos editores son muy cautelosos con la forma de enfrentar este futuro, que vagamente vislumbran y es muy borroso. No es

que sean contrarios a los libros digitales, es que no quieren arriesgarse a sufrir pérdidas enormes. Todos los editores, de una manera u otra, intentan desarrollar un plan de negocio. No debería hablar como si yo fuera una autoridad sobre la edición actual, así que tendrá que rebajar un poco lo que voy a decir. Pero creo que uno de los problemas de cualquier editor es qué hacer con los libros descatalogados, la denominada «cola de libros», de los que pueden sacar dinero si los digitalizan.

Se puede decir que, hoy, usar la expresión «disponible» o «agotado» lleva a error. Porque, potencialmente, cualquier libro está disponible. Tienes una versión digital de él como parte de tu catálogo, así que cualquier consumidor podría pedir el libro en cuestión. Ya estamos muy cerca de que esto sea así. Es verdad que no todos los editores han digitalizado todo su fondo de descatalogados pero incluso así el editor, si un lector se lo pidiese, podría digitalizar un libro, escanearlo por poco dinero y ponerlo a disposición mediante impresión bajo demanda.

Existen las «Expresso Book Machines» (EBM). Usted, el consumidor, va a una librería, encuentra un ordenador, pide un texto, el pedido se transmite a una base de datos, el texto se transmite instantáneamente a una máquina no demasiado grande (la mitad del tamaño de una cama). La máquina esta en una vitrina de cristal, así que se puede observar el proceso. El texto se imprime sobre papel, el papel se corta, y se añade una tapa en rústica –en color–. Todo ello en apenas cuatro minutos y por un precio relativamente barato: en EEUU, el precio de un libro en rústica hecho a medida ronda los ocho dólares. ¡Y en menos de cuatro minutos! Resulta que las nuevas tecnologías están apoyando al anticuado código impreso. Y créame, los productos de estas máquinas son excelentes. No son elaborados, pero varias veces he visto a estas máquinas producir ejemplares de mis propios libros cuyo aspecto era tan bueno como el de los ejemplares en rústica originales. Como la versión en tapa dura, no, pero son un ejemplo muy aceptable. Gracias a las nuevas tecnologías, el editor tiene ahí una fuente potencial para sacar un buen beneficio a sus libros descatalogados. No es un tipo de tecnología que acabe con el código, sino que podría apoyar el código impreso.

*Qué interesante. Tengo curiosidad por ver funcionar una de estas máquinas.*

Bueno, pues en Harvard tenemos una. Llevo a mis estudiantes a que la vean, y hacen pedidos de libros, cada vez son más los que los hacen. Creo que va a ser algo muy importante. Pero es difícil predecir el futuro económico de algo, porque quizá surja una tecnología nueva aún más espectacular.

*Ya ha hablado antes de ello en esta entrevista, pero, ¿podría contarnos un poco más sobre el proyecto de Biblioteca Pública Digital? ¿Y qué significa en relación con su idea de una República Digital del Conocimiento?*

La Biblioteca Pública Digital es más que un sueño mío, o de otros, está empezando a ser una realidad. Todo comenzó hace un año en una reunión en Harvard, donde estuvimos debatiendo el tema como una idea general. La idea general es poner a disposición del público, gratis, el patrimonio cultural de nuestras grandes bibliotecas académicas. En ese sentido era como Google Book Search, sólo que sin ser comercial.

Aquello, ¿iba a quedarse en sueño utópico? Decidimos que no. Ante todo, porque podemos conseguir el dinero. Las fundaciones más importantes de los EEUU están apoyando la idea con entusiasmo. Si ponen el dinero, podemos dotarla de fondos. Y van a ponerlo. En segundo lugar se plantea la pregunta: ¿Es tecnológicamente viable? Pues bien, Google ha demostrado que tecnológicamente es viable. Quizá no sea tan buena como debiera, pero aún así es asombrosa. Y hemos consultado exhaustivamente con muchos informáticos y todos nos dicen que ni siquiera es difícil, que pueden diseñar la infraestructura para esta nueva biblioteca.

Será un sistema descentralizado, así que no debemos imaginarnos un magnífico edificio situado en la cumbre de una base de datos gigantesca. Conectará bases de datos repartidas por todos los EEUU de forma que resulten perfectamente compatibles: el usuario ni siquiera sabrá dónde está el libro, el panfleto o el manuscrito que busca. Sencillamente tendrá acceso directo al texto. (Quiero decir: habrá metadatos que aclaren dónde está el texto pero serán muy fáciles de usar.)

Tendremos lista esta nueva biblioteca en abril de 2013. Naturalmente, empezará por funcionar de forma preliminar, porque tenemos el problema de los derechos de autor. No vamos a infringir los derechos de autor, vamos a respetarlos. Pero podemos poner a disposición del público dos millones de libros de dominio público, y todo tipo de obras de colecciones especiales. Las bibliotecas universitarias de EEUU tienen colecciones fabulosas, igual que ustedes en su Biblioteca de libros raros aquí en la Universidad de Cardiff. Y muchos de ellos han sido digitalizados, o al menos parcialmente. Ahí hay una gran cantidad de material que será parte de la Biblioteca Pública Digital. Y la iremos ampliando.

Esto quiere decir que tocaremos el mundo de los derechos de autor pero no infringiremos la ley. ¿Cómo lo haremos? Es una cuestión difícil. Tenemos grupos de trabajo dedicados al tema, tenemos a los mejores catedráticos de Derecho diseñando las estrategias legales para hacerlo, etc. Pero no tenemos

una respuesta clara. Podría entrar en algunos detalles, pero seguramente les sonarán demasiado esotéricos a la gente que sigue su blog. Pero existe la posibilidad de hacer accesibles al menos algunos de estos libros sujetos a derechos de autor. En general, serán libros «agotados», que no estén disponibles en el mercado ni se estén vendiendo en la actualidad, pero que aún están sujetos a derechos de autor. Me parece que estas son las obras que podremos poner a disposición del público, pero tenemos que llegar a un acuerdo de algún tipo con los autores y los editores, y todavía está por determinar. No es fácil, pero creo que lo alcanzaremos poco a poco, en el curso de la década siguiente. Entonces, en diez años tendremos una biblioteca más grande aún que la Biblioteca del Congreso, que es la más grande del mundo, y estará a disposición de todo el mundo, gratis.

<http://cardiffbookhistory.wordpress.com>

TRADUCCIÓN DE MERCEDES GARCÍA LENBERG



REDIVIVA ZIERBUCHSTABEN

Franz Riedinger | Benjamin Krebs Nachf. 1905 | Dieter Steffmann, 2002.